

De Cerdeña a Bogotá: una experiencia Erasmus entre medicina y vida

Por Gaia Brugnani y Giulia Frassetto

Médicas cirujanas Universidad de Sassari, Italia

E-mail: g.frassetto1@studenti.uniss.it - g.brugnani@studenti.uniss.it

Somos Gaia y Giulia, dos recién graduadas en Medicina y Cirugía de la Universidad de Sassari, que es una pequeña ciudad en una de las dos islas principales de Italia (la más bonita, por si nos preguntan).

Venimos de una realidad de alrededor de 120.000 habitantes, muy diferente a Bogotá, una metrópoli de casi 9 millones de personas: un impacto inicial fuerte que hizo esta experiencia aún más significativa.

Durante nuestro recorrido universitario tuvimos la oportunidad de estudiar en una universidad española. Fue justamente allí donde, además de mejorar el idioma, nació un interés auténtico por América Latina, que luego se transformó en decisión de partir. Emprendimos ésta experiencia en Bogotá, en la Universidad Antonio Nariño (UAN), gracias al programa Erasmus Traineeship, que nos permitió obtener una beca y vivir plenamente esta oportunidad. Nuestro objetivo era claro: ponernos a prueba en la práctica, vivir el hospital de cerca e integrarnos en la cultura colombiana.



Gracias a la UAN asistimos al centro de simulación, un método de aprendizaje activo y eficaz que permite desarrollar habilidades prácticas en un entorno seguro, y posteriormente realizamos actividad clínica en hospitales locales.

Gracias a la UAN asistimos al centro de simulación, un método de aprendizaje activo y eficaz que permite desarrollar habilidades prácticas en un entorno seguro, y posteriormente realizamos actividad clínica en hospitales locales.



De izquierda a derecha: Sassari, Cedeña; Bogotá. Fotos: Wikipedia.



En concreto, pasamos el primer mes en cirugía pediátrica, apoyando también al servicio de urgencias pediátricas. Posteriormente, Gaia rotó por los servicios de oftalmología y cirugía plástica, mientras que Giulia se dedicó a ginecología.

Una de las diferencias más relevantes respecto a nuestra formación en Italia es el rol de los estudiantes: el sistema colombiano se basa en gran medida en los estudiantes de sexto año, los internos, quienes participan activamente en la vida clínica con responsabilidades reales.

En Italia, en cambio, el sexto año sigue siendo principalmente teórico, con exámenes, prácticas limitadas y el desarrollo del trabajo de fin de grado.

Además, en Italia no existe una figura similar al médico general dentro de los servicios hospitalarios, ni una experiencia equivalente al “rural”.

En cada servicio fuimos recibidas con gran calidez. El personal de salud siempre se mostró disponible y con ganas de enseñar. Nos encontramos en un entorno donde el estudiante es respetado, tiene responsabilidades reales y está verdaderamente involucrado en su proceso de formación. También nos llamó mucho la atención la relación con los pacientes: respeto, confianza y una gran educación.

Para Gaia, la experiencia más gratificante fue su progreso durante las tres semanas en oftalmología, pasando de no tener experiencia a saber utilizar de forma bastante autónoma un equipo diagnóstico, como la lámpara de hendidura, y sus funciones más precisas. Para Giulia, la experiencia más emocionante fue poder asistir y participar activamente en varios partos, siguiendo todas sus fases: un nivel de implicación que difícilmente habría podido experimentar en Italia. Por supuesto, nuestra experiencia no se limitó al hospital.

El programa Erasmus representa también una oportunidad única de crecimiento personal: vivir una nueva cultura, desarrollar capacidad de adaptación, iniciativa y un sentido más profundo de comunidad y apertura hacia los demás.

Nuestro primer punto de referencia fue la doctora Rossi, una profesora de la universidad y una persona extraordinaria, quien nos acompañó en todo el proceso: desde los trámites iniciales hasta momentos



En la fotografía Giulia Frassetto y Gaia Brugnani en Ráquira, Boyacá.

más informales como pasadías y encuentros que nos permitieron conocer realmente la ciudad y sus costumbres.

También participamos en la jornada de internacionalización organizada por la universidad: un momento de encuentro e intercambio con estudiantes de todo el mundo. Compartimos platos típicos de nuestros países (nosotras preparamos una tarta de manzana, como típico desayuno dulce italiano), probamos comida colombiana y... bailamos salsa juntos. Un detalle curioso fue darnos cuenta de cómo cambia el lenguaje: en España habíamos aprendido a decir “¡qué chulo!”, pero en Bogotá no se usa y, de hecho, puede significar “buitre”. Aquí, en cambio, todos dicen “¡qué chévere!”, y pronto empezamos a decirlo nosotras también. Además, nos llamó mucho la atención la forma en la que las personas se hablan entre sí: expresiones como “mami”, “mi amor”, “papi”, “mi reina” o “su merced” forman parte del lenguaje cotidiano, incluso entre desconocidos, y transmiten una cercanía y calidez a la que no estábamos acostumbradas.

Descubrimos rápidamente que en Colombia se “madruga”: las jornadas empiezan muy temprano, especialmente en el hospital. Al principio nos costó adaptarnos, pero gracias también al jet lag logramos coger el ritmo. Otro aspecto que nos sorprendió fue el tráfico: los “trancones” son parte de la vida diaria en Bogotá y requieren paciencia... mucha paciencia.

El clima fue otro pequeño choque cultural: en un mismo día se puede pasar de lluvia a un sol intenso en cuestión de minutos. No existen estaciones bien definidas como en Italia, sino más bien períodos de lluvia y de sequía, lo que cambia completamente la forma de vestirse y organizar la vida diaria. Nos pareció curiosa también una creencia popular: los primeros doce días de enero representarán cómo serán los doce meses del año, una tradición que mezcla cultura y cotidianidad.

Y, por supuesto, la música: siempre presente. Desde reguetón hasta salsa y vallenato, la música acompaña la vida diaria y contribuye a crear un ambiente más relajado y alegre, al que poco a poco nos fuimos acostumbrando.



Descubrimos rápidamente que en Colombia se “madruga”: las jornadas empiezan muy temprano, especialmente en el hospital. Al principio nos costó adaptarnos, pero gracias también al jet lag logramos coger el ritmo.

Una parte fundamental de nuestra estancia fue, sin duda, la comida. Bogotá nos conquistó con su increíble variedad de frutas: el mercado de Paloquemao es una explosión de colores, aromas y sabores, donde cada puesto invita a descubrir algo nuevo. Nos sorprendió, por ejemplo, la ensalada de frutas con queso: algo inusual para nosotras, pero muy agradable. Intentamos probar de todo: arepas, lechona, tamal, empanadas, buñuelos, agua de panela, almuerzos ejecutivos... cada plato cuenta una historia.

Entre las curiosidades que nos llevamos: el aguacate, mucho más sabroso que el que conocemos en Italia y disponible también en variedades verdes, imposibles de encontrar allá; el uso frecuente de envases plásticos suaves para leche, salsas y bebidas; y las diferencias

en el desayuno, que en Colombia suele ser salado y contundente, mientras que en Italia es principalmente dulce. Y por último, el chocolate: en Italia se hace espeso y con nata por encima, mientras que aquí es más líquido y ¡con queso! También intentamos vivir la cotidianidad local: subimos a Monserrate y pasamos los fines de semana en centros comerciales, verdaderos puntos de encuentro para los colombianos.

Al principio, sin embargo, no fue todo fácil. “No dar papaya”: fue una de las primeras expresiones que aprendimos, una invitación constante a la prudencia. Viajar desde Europa hacia América Latina también significa enfrentarse a estereotipos y miedos. Llegamos el primero de enero a una ciudad desierta, sin gente en las calles, y teníamos miedo incluso de caminar. Después de más de dos meses y medio, en cambio, nos encontramos moviéndonos solas, conociendo las calles y, sobre todo, sintiéndonos parte de esta realidad.

En nuestro tiempo libre viajamos lo más posible: Cali, capital de la salsa; el desierto de la Tatacoa; Ráquira, con su cerámica; Villa de Leyva, una encantadora ciudad colonial; la Laguna de Guatavita, ligada a la fascinante leyenda indígena de El Dorado; Zipaquirá y su majestuosa catedral de sal; Salento, con sus palmas de cera y fincas cafeteras; y para terminar Amazonas y el Caribe. Cada lugar nos regaló algo único: paisajes, tradiciones, encuentros, historias.

Nos impactó profundamente la cultura colombiana, así como su historia, que aún hoy se refleja en la sociedad. Pero, sobre todo, nos llevamos la amabilidad y la disponibilidad de las personas: una cualidad que se percibe todos los días y que deja huella.

Extrañaremos los pequeños detalles de la vida cotidiana: los buses que andan con la puerta abierta y te paran donde sea, las panaderías llenas de cosas deliciosas (imposible probar todo en tan poco tiempo), el ritmo y el “calor” de la ciudad. Nos habríamos quedado mucho más tiempo.

A quienes estén pensando si aventurarse en una experiencia parecida queremos decirles: no permitan que el miedo los frene, tomen esa decisión y ¡disfruten! Y aunque para muchos Bogotá sea “la nevera”, para nosotras siempre será un pedacito de corazón.